

EL PATRIARCADO DEL SALARIO. CRÍTICAS FEMINISTAS AL MARXISMO*

Silvia Federici

128 páginas

Editorial Traficantes de sueños. Madrid, febrero de 2018.**

Alejandra Adela González***

La escritora y activista feminista Silvia Federici (1942, Parma, Italia) fue desde los años setenta una de las impulsoras de las campañas que exigían un salario para el trabajo doméstico, carente de retribución ni reconocimiento, realizado por las mujeres. Viajó a EEUU para estudiar en Filosofía en 1967, donde sigue viviendo. En 1972, Federici participó en la fundación del Colectivo Feminista Internacional, organización que puso en marcha la campaña internacional Wages For Housework (WFH) a favor del salario por el trabajo doméstico, junto con Mariarosa Dalla Costa, Selma James, María Mies y Vandana Shiva entre otras intelectuales y militantes feministas. Durante toda la década de los 80 dictó clases en la Universidad de Port Harcourt en Nigeria. También en los '80 fue cofundadora del Committee for Academic Freedom in África, organización dedicada al apoyo de las luchas de universitarios en África contra los ajustes estructurales de las economías que incidían directamente sobre los sistemas educativos. De 1987 a 2005 fue profesora de estudios internacionales, estudios de mujeres y filosofía política en la Universidad Hofstra de Nueva York. En la actualidad es profesora emérita de esa institución. Sus obras más importantes son *El Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2004), *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (2013) y *El patriarcado del salario* (2018) que presentó este año en Argentina.

Luego de sus primeros estudios sobre la acumulación primitiva en los orígenes del capitalismo, en el que critica a Marx por no haber percibido la caza de brujas como uno de los factores que contribuyeron a ese proceso, se dedica al análisis de la revolución industrial y sobre todo al segundo período, en el que se produce la invención del “ama de casa”. Así analiza el trabajo doméstico en el siglo XIX, su invisibilización y la falta de salario como disciplinamiento, profundizando en el concepto de trabajo reproductivo.

* Recibido 26/12/18. Aceptado 26/12/18.

** Disponible para la descarga en

https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS_map49_federici_web_0.pdf (acceso 26/12/18)

*** Doctora en Filosofía (Universidad del Salvador). Docente investigadora UNDAV. Correo electrónico:

alejandra.adela.gonzalez@gmail.com

Su último texto, *El patriarcado del salario*, prolonga la reflexión sobre estos temas ya presentes en *Revolución en punto cero*, dando cuenta de la estructura del capitalismo tardo industrial, donde el salario masculino se construye sobre la invisibilización del trabajo reproductivo realizado por las mujeres y que comprende el cuidado de los niños, futura mano de obra, el de los adultos mayores, los discapacitados y el cuidado del proletariado masculino, que en mejores condiciones permite elevar los niveles de rentabilidad capitalistas. El trabajo doméstico es invisibilizado cuando produce lo más importante: la fuerza de trabajo. Y no solo comprende las tareas domésticas de la limpieza de la casa, sino el servicio físico, sexual y emocional de los asalariados varones que vuelcan sobre el sector femenino dependiente económicamente la violencia ejercida por el propio capitalismo sobre sus cuerpos alienados. Así el trabajo remunerado en el mercado es, para las mujeres, un segundo trabajo en relación al reproductivo no remunerado. Lo que significa que las mujeres somos doblemente explotadas. Con el agravante de que el trabajo reproductivo, que sostiene el andamiaje del trabajo asalariado, es desvalorizado y considerado una instancia precapitalista. La ideología del capital establece que la condición biológica nos destina al trabajo de cuidado y reproductivo, por lo que en el pasaje al ámbito público del trabajo doméstico éste se constituye en el peor remunerado. La condición femenina se convierte en eterna y universal, justificando la vocación natural por lo privado y el instinto maternal cuando es una construcción política del capitalismo que contrapone público a privado, social a personal, productivo a improductivo, afectivo a material para organizar la servidumbre de la esposa/madre en el seno de la familia nuclear. La idea misma de un eterno femenino es sexista. Y está ligada a la glorificación de la familia y al sacrificio amoroso de la mujer, otro velo ideológico. En realidad, el trabajo asalariado esconde el trabajo esclavo, la desocupación y el trabajo reproductivo no remunerado. Así, Federici denuncia que cuando los costos del salario aumentan, se abre el mercado a las mujeres, los negros, las juventudes urbanas o los migrantes del tercer mundo. También es crítica de quienes denostan al “bienestarismo” como desdén por los trabajadores que han logrado obtener ayudas sociales por parte del Estado al no percibir salarios que permitan mínimas condiciones de subsistencia. Por eso es vital la lucha por la remuneración del trabajo reproductivo realizado mayoritariamente por mujeres para que pueda alcanzarse la abolición del trabajo alienado.

En este último libro, insiste especialmente en la necesidad de agregar la dimensión política a lo personal, donde incluye el cuidado de los mayores, enfermos y discapacitados, evitando que se haga a costa de la calidad de vida de las cuidadoras. Para eso sería necesaria una profunda crítica no solo a las formas actuales “neoliberales” de la producción y distribución de la riqueza, sino que Federici demanda a las izquierdas su incapacidad de ver el trabajo reproductivo en el corazón mismo de los procesos de acumulación. Por lo que se esmeran en incorporar a la mujer al mercado y la agremiación, como si el trabajo afectivo no estuviera ya presente en el asalariado, bajo una forma invisible. Actualmente, la globalización del trabajo reproductivo implica la migración de mujeres de países pobres a países ricos a costa del descuido de sus

propias familias de las que están separadas, mujeres cuyos salarios están devaluados porque son inmigrantes, indocumentadas, étnicamente despreciadas, y en condiciones de vulnerabilidad sexual. Pero el trabajo “Inmaterial” no es reductible a la forma mercancía, no puede ser realizado por ningún robot ni mecanismo supletorio. Peor aún, se lo quieren incorporar a las tareas productivas como una competencia más (el apostolado docente, o la amabilidad de la azafata) para no remunerarlo. Pero no se puede homogeneizar las tareas de cuidado afectivo que requieren de tiempo completo, fuerza física, múltiples capacidades, despliegue organizativo, y madurez afectiva. Por todas estas razones, las niñas y mujeres son las más pobres entre los vulnerables.

Finalmente, Federici destaca e impulsa la construcción de los espacios comunes, propios de las mujeres campesinas, como fuentes de cooperación y solidaridad. Comunalismo que se enfrenta a la concentración de tierras en grandes trusts monopólicos que pretenden liderar el mercado mundial de alimentos a través de la producción de transgénicos para alimentar a masas migrantes previamente hambreadas porque se las ha obligado a abandonar los cultivos autóctonos que las han alimentado durante milenios a generaciones. De ahí que, en sus últimos estudios, Federici ligue al feminismo con una perspectiva ecologista, contraria a la depredación del capitalismo contemporáneo. Muy lejos de los feminismos blancos y burgueses, el ecofeminismo lucha por la salarización del trabajo reproductivo tanto como por la unión de las mujeres en la defensa de la tierra y de la vida.